



Foto Ortiz Echagüe

C U E N C A

Rafael de Aburto
Arquitecto

HISTORIA

Fundada por moros.
Famoso castillo en el VIII.
Rebelde al Califato en 1002.
En poder de Alfonso VI.
Recuperada por los mahometanos.
En el XII, cambia varias veces de manos.
Por fin, Alfonso VIII la conquista con carácter definitivo.
Y el moro, inspirado poeta, a semejanza de Boabdil, cantó así su derrota:

Cuanto sube hasta la cima
Desciende pronto abatido
Al profundo.
¡Ay de aquél que torpe fía
Del bien fugaz y mentido
De este mundo!

Heredamos de los moros esas altas cimas, el cante y, en parte, el desprecio a la realidad aparente, como así se percibe en Granada y se hubiese percibido en Cuenca de no haber sido por los sucesos que a continuación se relatan:

Todavía con Juan II, Cuenca fué próspera e influyente, gracias a sus preclaros hijos. Duró todo esto hasta el XVI.

Después, la guerra de Sucesión. Dos sitios.
En 1766, motín del tío Corujo.

Guerra de la Independencia. Diversas ocupaciones.

En 1874, guerra carlista. Tremendo asalto.
“...en mil ochocientos y tantos, época en que pasa nuestra historia, Cuenca era una de las capitales más muertas de España.

En estos pueblos, con ciudad alta y ciudad baja, se da así siempre el mismo caso: en lo alto, la aristocracia, el clero y los representantes de la Milicia y del Estado; en lo bajo, la democracia...” (Lo bajo es el arrabal extramuros, que, en síntesis, consistía en una calle, la Carretería, con sus adyacentes.)

“La Carretería era progresiva; la ciudad alta era perfectamente triste, estancada, desolada y levítica.

En el arrabal había movimiento, comercio, industria, viajeros...; en la alta, el mayor acontecimiento era la salida y llegada del señor Obispo en su carroaje.

Entre una y otra parte, apenas se llegaba a los cuatro mil habitantes. Tenía catorce iglesias, una extramuros; siete conventos de frailes y seis de monjas; cinco o seis ermitas y la catedral. Con este cargamento místico no era fácil que pudiera moverse libremente.” (Pío Baroja.)

Los historiadores nos dicen, y es lo más probable, que la ciudad de Cuenca tuvo murallas

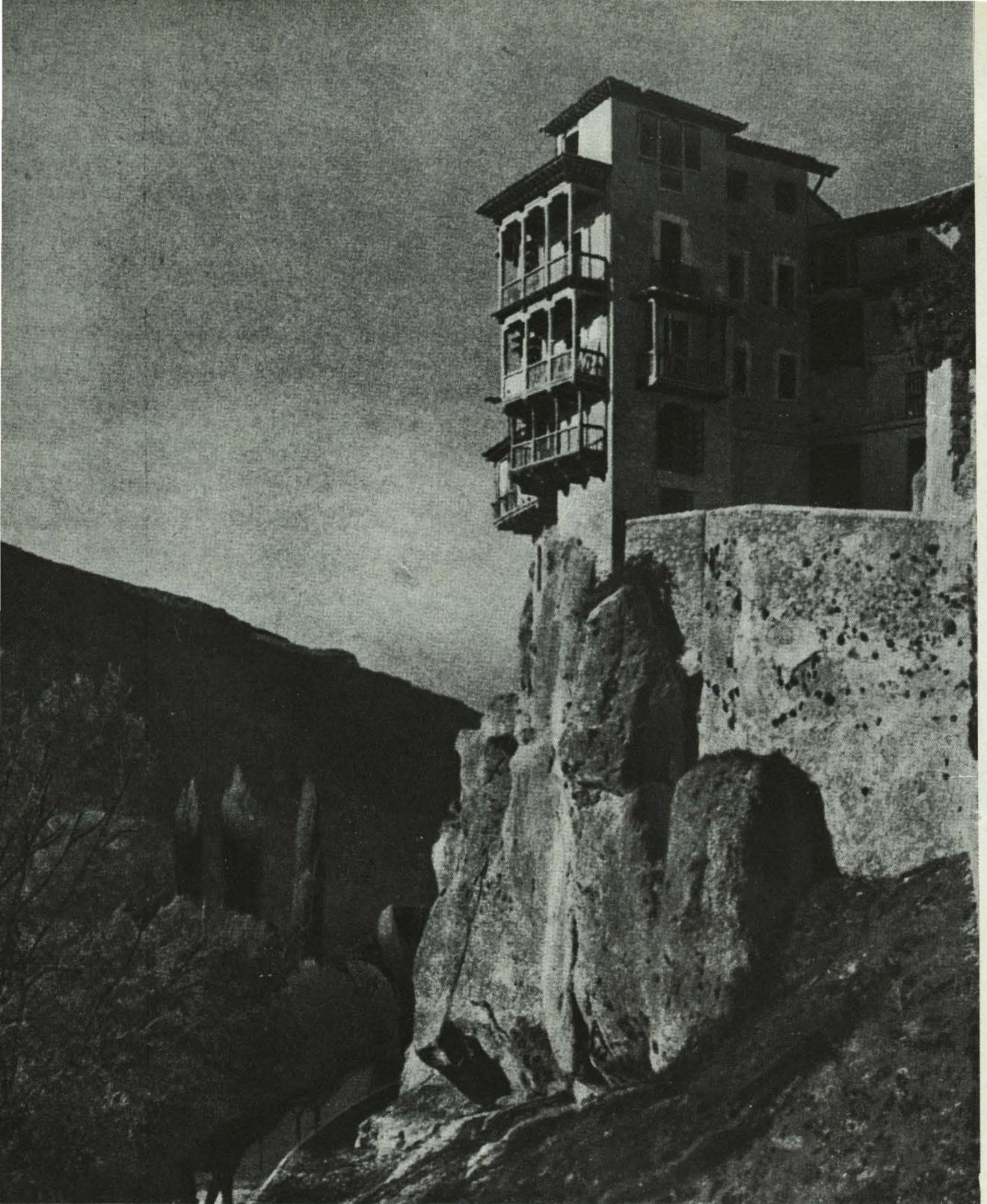


Foto Ortiz Echagüe.

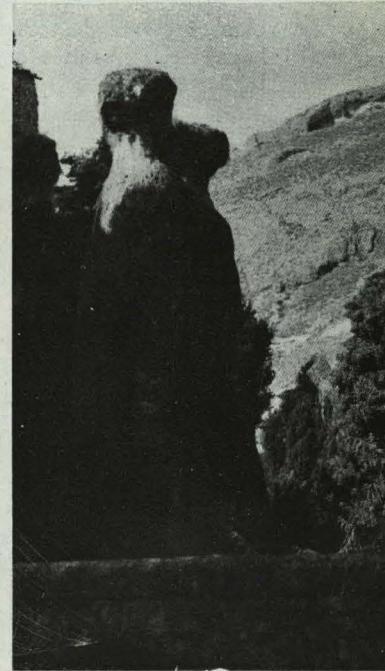


Foto Torallas.

El modelo y la obra. Sólo unos pocos metros los separan y prohíben otro resultado. Los autores de Cuenca fueron respetuosos con la veda, y como premio a su renunciación, esas casas humildes y plebeyas viven en triunfo. Desproporcionado sin duda a su calidad material, pero no a su intención.

torreadas, como Avila; templos y palacios que dominan el perfil de la ciudad, como Segovia y Toledo, y, en fin, hasta jardines, a semejanza de los Cármenes, de Granada.

Todo se perdió, y allí en lo alto, a la sombra y tras las rejas, quedó la alta sociedad, consciente pero abandonada a la buena de Dios, que no deja de ser una postura importante.

Copio otra vez: “¡Y qué vidas! Aguardando todos los días desde la mañana al mañana eterno; aguardando, que no esperando...” “En aquellas encumbradas entrañas de la meseta castellana se forjaron aquellos barrotes de cierre, como hila la oruga en las suyas las hebras del capullo, en que se encierra a dormir sueño de coco antes de ser mariposa. Que así durmieron sus sueños los hidalgos conquenses entre rejas en esa Cuenca bivalva y roquera de encantada ciudad.” (Unamuno.)

EL ESCENARIO

No tocamos las causas políticas y económicas que ocasionaron tal estado. Solamente nos interesan las orográficas.

Cuenca, fundada por moros, eligió su pedestal, como tantas ciudades españolas. Pedestal y de excepción, que supone por sí mismo una doble restricción de orden físico y moral, que no quieren decir inactividad y narcisismo, sino simplemente pasibilidad trascendental para los avatares temporales de la vida.

Además, por si fueran pocas las defensas na-

turales, Cuenca estaba amurallada, y, por tanto, de difícil conquista. Y está claro que en un asalto, las destrucciones están en razón directa a la resistencia opuesta.

Total, que las torres destruidas en acción directa o por el tiempo no se han levantado por pasibilidad de las clases responsables, y hoy Cuenca, la alta, al mirarla, nos mira por las cuencas vacías de sus mil ojos de su caserío plebeyo y victorioso sobre tanto baluarte, palacio y convento pretérito. Se diría que, como en una rebelión a bordo, los que se asoman por la borda, y con gracia infinita, no son ya sus viejos hidalgos, sino el alférrez Chinchilla, el Enredador, el fantasma de Chuquisaca y la endemoniada de Tinajas de su historia picaresca. Haciéndonos visajes, contorsiones y muecas y hasta a propósito de los conocidos asnos en las altas ventanas, diríamos que casi enseñándonos sus vergüenzas.

Es la reacción, única posible a tanto monstruo y esfinge de piedra, ante las cuales sucumbieron sin duda la arquitectura formal y seria; y hoy, como para recrearse en ese heroísmo inútil (motor del arte), que tanto nos caracteriza, así como el pueblo se mancha de vino la camisa, las calles se variopintan, y como sacando las patas fuera, las casas bailan y casi se descuelgan desde lo alto de la muralla.

Hay una regla general, que aquí también se cumple; esto es: que no hay centro urbano de gran importancia en que su arquitectura entable competencia desigual con la Naturaleza.

Una crestería de torres (esas fábricas que la soberbia del hombre es lo primero que levanta) sería una pobre réplica a las catedrales "gauidianas", con que la Naturaleza sitia por todos sus flancos a esta ciudad privilegiada.

Las torres y baluartes, que se han destruido o han caído por causas fortuitas, no se han levantado; y no se han levantado por pasibilidad y pobreza resignada, pero también por razones morales y estéticas, y hoy la ciudad presenta una fisonomía que, dada su idiosincrasia y conciencia, parece que será la definitiva.

CUENCA, CREACION HISPANA

Cuenca, en un gesto característico, no nos muestra nada notable allí donde no existe el aliciente de la dificultad. Sólo al borde de cada risco o cuesta, las casas se elevan, enlazan y contorsionan en un afán de superación, pero con acento preciso y hasta disciplina.

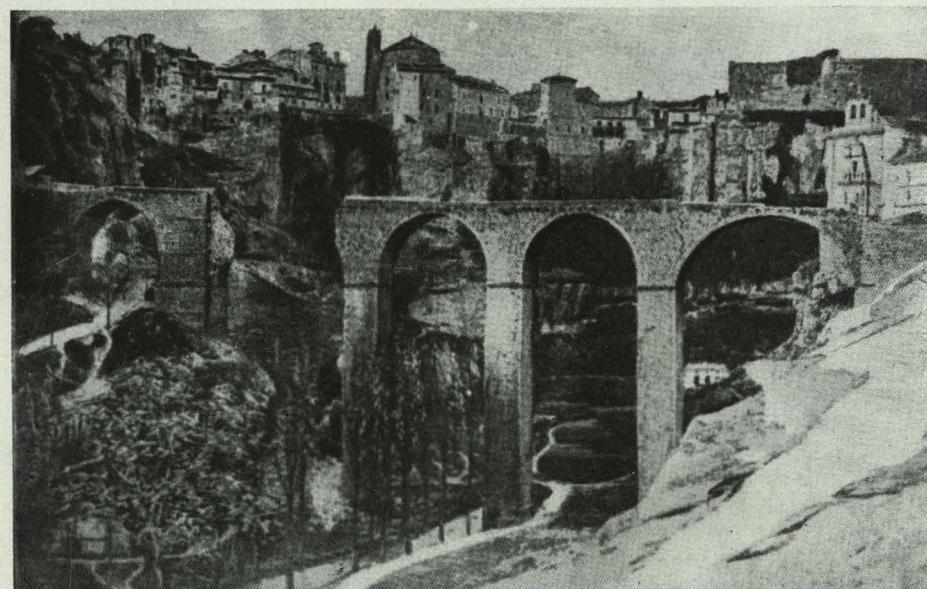
En Cuenca se da por bueno lo insólito, y la contradicción, para muchos de los intentos, de

quien ensaya con nuestro carácter y sus consecuencias. Al realismo del pueblo español se atribuye su afición a la antropomorfia y a los excesos del Barroco, que suponen la carencia de toda disciplina y limitación. Sin embargo, como en El Escorial, la genialidad de Cuenca proviene, como hemos visto, de limitaciones físicas, morales y estéticas.

El carácter del hombre no se explica por el medio, sino que éste, aceptado y cultivado según distintos patrones, nos habla de aquél. Y la arquitectura, sin discusión, es hija de ambos.

PASEO POR EL LECHO DEL JUCAR

Las huellas del agua, lejanas por altísimas, nos dan la referencia aparente que avanzamos por el fondo de un mar, que se retiró. Dejando varados aquí y allá, en seco, a monstruos fabulosos sueltos o agrupados, que teniendo el grueso del rebaño en la ciudad Encantada, un día avanzaron pesadamente, hendiendo con sus pechos la corriente.



PUENTE DEL
CANÓNIGO



Puente de piedra desaparecido y puente metálico actual. Sobre aquél, que nos recuerda los actuales de cualquier autopista alemana, montaría muy a gusto el canónigo en su diaria peregrinación. Y éste, que no distingue jerarquías, pondría en grave aprieto a Su Eminencia al plantearle la disyuntiva de no cumplir con su sagrado deber o compararse con un saco terrero aéreo transportado. No sabemos el resultado. Se trata de una arquitectura descortés, pero también de una máquina que hace aparecerse al orgullo. Un cilio moral para un santo moderno.

(Foto Torallas.)



Dibujo del alumno de Arquitectura Joaquín Vaquero Turcios.

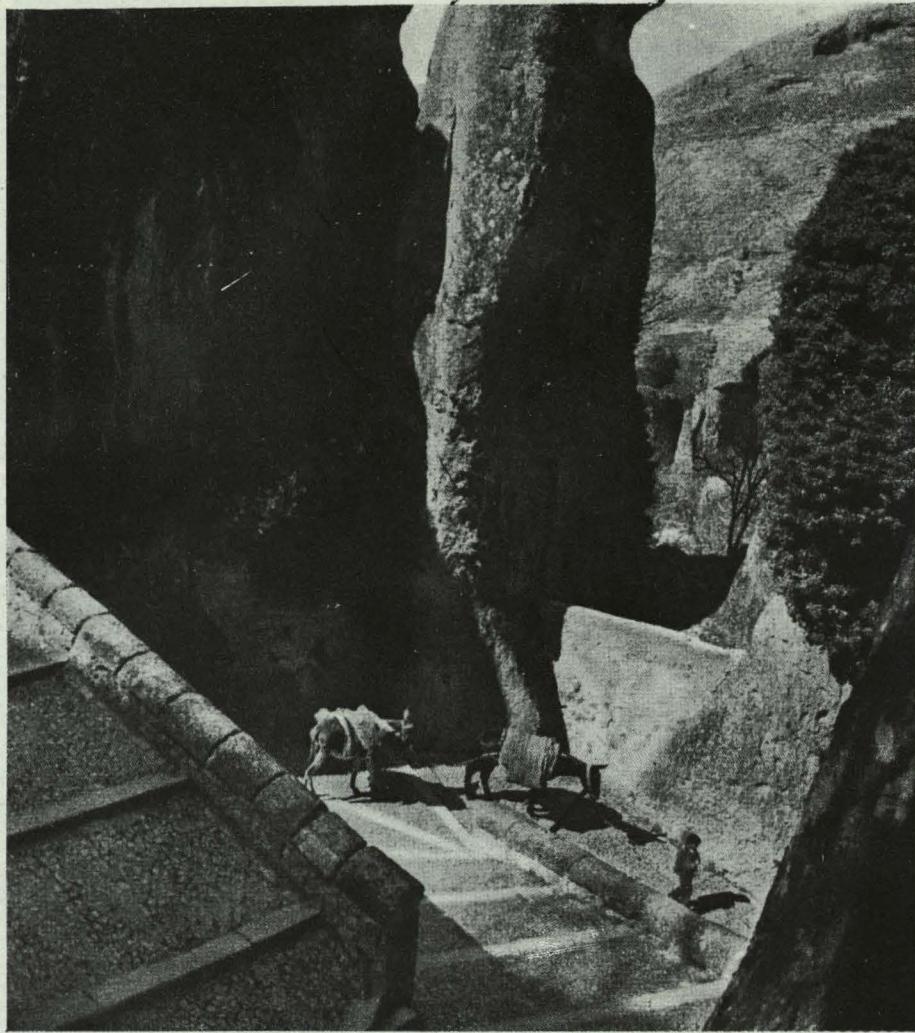


Foto Ortiz Echagüe.

Foto del libro "El arte de Gaudí", de J. E. Cirlot.

En el fondo del mar, yo he visto el origen y fundamento artístico de varias civilizaciones. Los clásicos se inspiraron en la caracola, la concha y el erizo, o sea en un dermatoesqueleto que se desarrolla y crece según leyes eternas, y fijas e inmutables. En las piedras negras basálticas, manchadas por adherencias sedimentadas por otros seres submarinos, tomaron los extremoorientales el modelo sorprendente para sus lacas, e incluso sus jardines. La estética moderna, basada en parte en procedimientos mecánicos, que activan la imaginación, se contenta con mayores simplicidades geométricas, y cuando busca complicación, recurre, como los japoneses, al hallazgo de resultados donde lo fortuito es ley; como se ve en las viviendas de colonias de infusorios, en las esponjas, en los restos petrificados de una ebullición volcánica, apagada precozmente en el seno submarino, etc. Gaudí tuvo una musa más cercana que Cuenca; probablemente Monserrat, y, anticipándose notablemente, se inspiró en resultados también fortuitos; pero no acaba del todo por prescindir de la antropomorfia. Como buen latino, fué un escultor de seres; pero de una vida remota y casual, como sólo el viento y el agua pueden hacer.

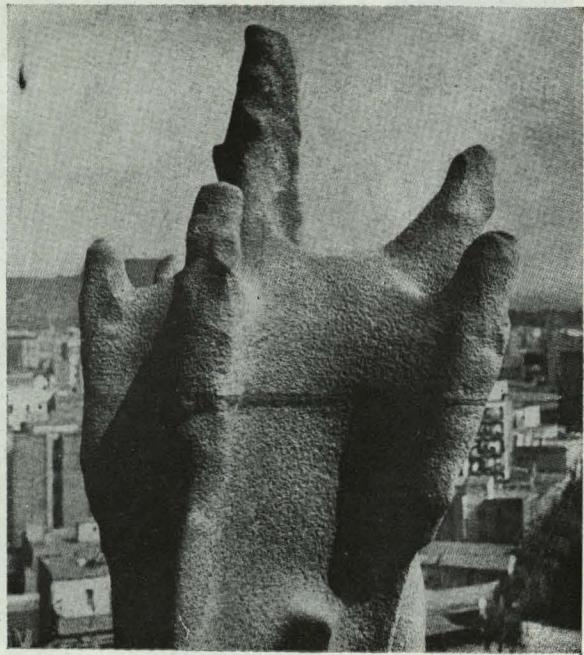




Foto Ortiz Echagüe.

Todo predispone a lo excepcional, y no nos sorprende que, habiendo conocido por fotografías y grabados el antiguo puente de piedra llamado del Canónigo, nos encontremos con que en vez de aquél (según Baroja elefante de cinco patas) lo que aparece ante nuestra vista no es si no su esqueleto metalizado. Aquél fué, sin duda, un gigante postergado o, al menos, indeferenciado dentro del paisaje, calificación de la cual casi no hubiera escapado el mismo acueducto de Segovia, aquí trasplantado. Lo mismo que no se levantaron las torres que hubo en lo alto, este puente, de pesada traza, herido por el tiempo y enterrado por las restricciones que impone el escenario, fué acertadamente

sustituido por lo más opuesto, quintaesencia de su abstracción. Su fina telaraña nos habla de contrastes de material, de masas y, por tanto, de trabajo. Y éste, a su vez, más tenso y apurado, valora el noble cincel de la Naturaleza. Ahora bien: si su intención nos convence, no así su cálculo, que deja la nota inquietante del empeño no logrado.

Allá arriba, y a ambos lados, continúa el espectáculo. Cuando no es la acción de los siglos en la roca, es el atrevimiento humano en su empeño para no defraudar, y al final, acordán-donos de Gaudí, aparece un conjunto que, dando de su origen, deja a aquéllos perfectamente hermanados.

Foto J. E. Cirlot.

*El modelo y la obra.
Sólo una cantidad respetable de kilómetros por medio hace posible la convivencia. Gaudí fué también un pescador submarino, que sabía apreciar las formas y el espacio que las hace vivir.*

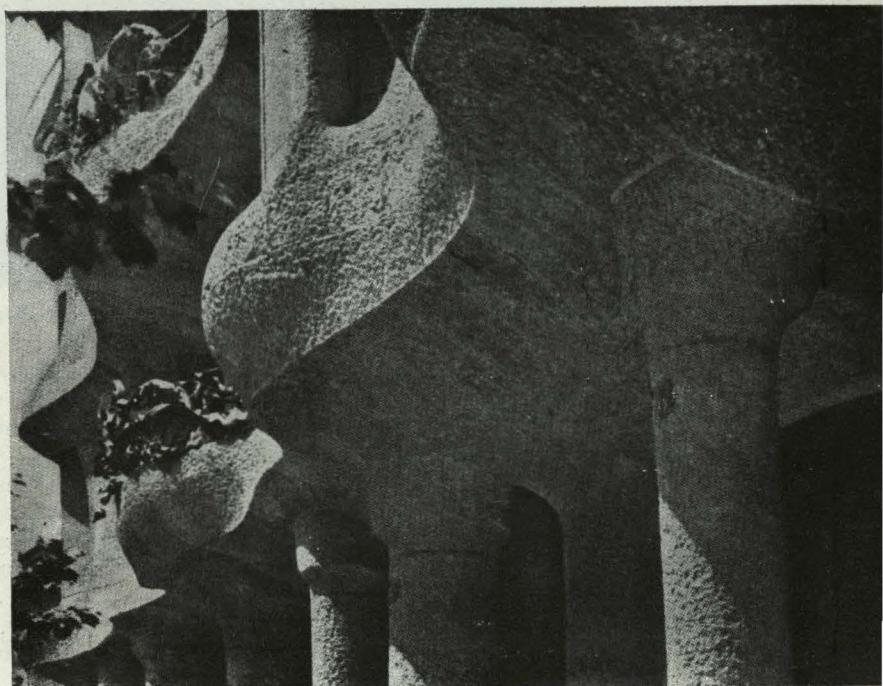




Foto Ortiz Echagüe.

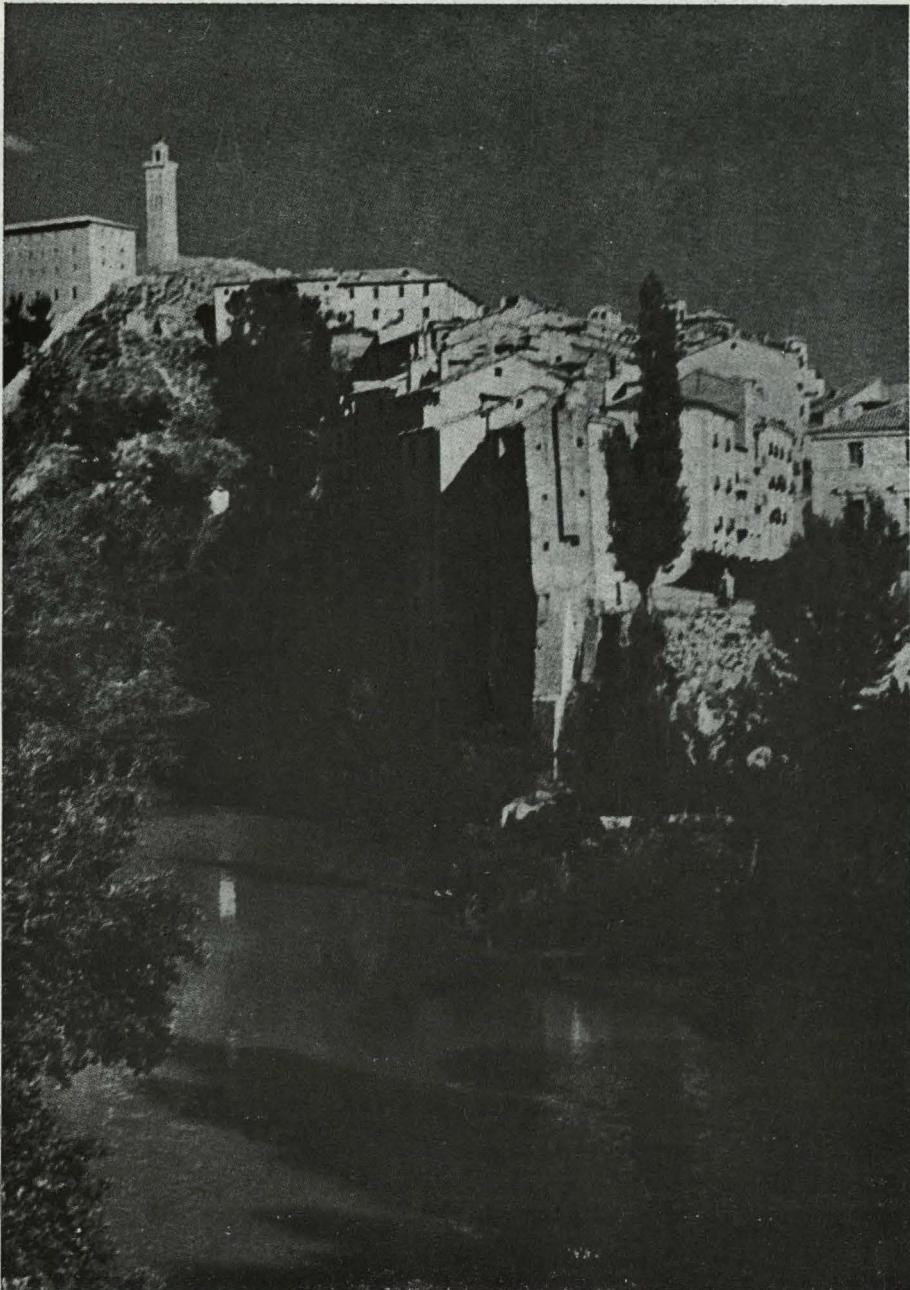


Foto Torallas.

POR LA CUESTA DE LAS ANGUSTIAS

Dos rocas de espanto. Y entre ellas, que como las columnas de Hércules debieran indicar el fin de toda emoción, aparece todavía el lecho del río, lejano por profundo.

De pronto, del lado izquierdo se destacan dos gigantes con cabeza griega, que, mirando por encima de las montañas, prestos se vuelven, dándonos la espalda. Una espalda maciza, labrada por el mar y rozada por el viento. A sus pies se adivinan negras oquedades, donde un día quizá durmió la tormenta.

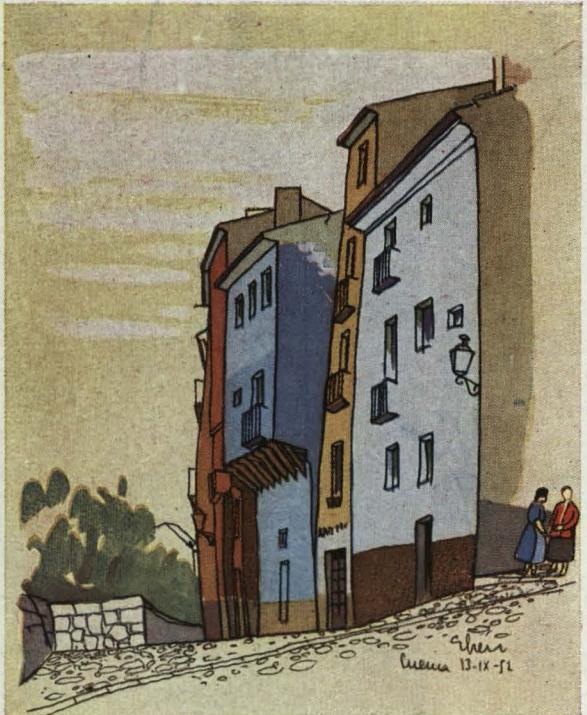
La cuesta, que pisamos como una escalinata de rampas empedradas, nos impulsa hacia una aventura incierta, que nos hace temer. ¿Dónde estamos? No sé contestar. Pero algo ha de suceder.

En ese medio, que se atribuye al más profundo silencio, penitentes encapuchados avanzan, ascendiendo hacia nosotros.

Y sucede, que ante esta aparición, todo aquel aparato en potencia queda inerme, donde está y como lo vemos, llamando inútilmente a la gesta, hace más de cien siglos.

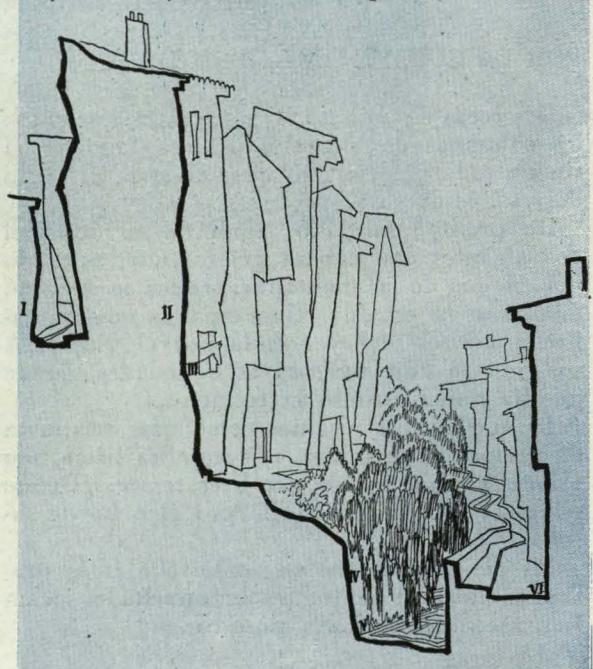
Y es lo que se llama la roca viva, que soporta a Cuenca, enraizada aún en las entrañas de la tierra. Cuyas emergencias, lejos de tener aquí un origen plutónico, deben su gesto al dios Pan. Hasta que sus cabezas ruedan por la pendiente o se avienen tronzadas, sumisas y encasilladas, en la fábrica de una nueva invención humana, por fin muertas y reducidas hasta su última condición. Sin que pluma alguna escriba la historia de las piedras. Que, por cierto, en Cuenca tendría una notable significación y, de paso, un nuevo argumento a su singular arquitectura.

Los penitentes, entre tanto, pasan a nuestro lado, y siguen imperturbables su camino, clamando con su lento paso la muerte de los mitos paganos. Estamos en España.



Dibujos del arquitecto Efrén García.

CALLE DE LOS TINTES: Dando un corte transversal de esta calle, anotamos: I, Calle posterior, llamada de la Moneda. Algunos paramentos se hallan tan desplomados, que la antigua ordenanza limitando los vuelos, con la única condición de que permitieran el paso de un caballero montado por el eje de la calzada, no se cumple; II, Casas de tres plantas a la calle de la Moneda y cinco a la de los Tintes. Estas fachadas están pintadas de diversos colores. No se puede expresar con palabras la riqueza y variación de temas; III, Un burro en la ventana; IV, Cuesta con sauces llorones, que mojan sus ramas; V, Arroyo de agua clara que deja ver su fondo, cuidadosamente empedrado, formando dibujos a manera de mosaico. Un empleado municipal extraía de él una alpargata, con el mismo gesto de importancia con que se apresa a un perro rabioso; VI, Calzada y casas de fisonomía más tranquila.



Delante, el mar; detrás, el monte Athos. Este monasterio griego medieval se encuentra en Simopetra. De emplazamiento admirable y rodeado de nombres prestigiosos, que suenan por sí solos, nos recuerda a Cuenca. Sin embargo, como las causas son otras, los efectos, con ser parecidos, fácilmente se podrían distinguir de los patentados por la ciudad castellana. Aquí contrasta la recia arquitectura desplomada a favor de obra con el fino entramado de los balcones, que es lo contrario de lo descrito. No evidenciándose más que el mismo afán, como de vuelo acrobático, en cuanto se cuenta con un abismo de eficacia suficiente para conseguir parecido resultado. Y que será siempre un seguro tanto dentro de las consideraciones arquitectónicas, que justifican muchos de los excesos que hoy se estilan. Aquí, la pируeta acaba simplemente con la madera, mientras en Cuenca la aventura afecta a toda la obra, a la vida de los conquenses y al paisaje, que acompaña y anima el empeño en muchos kilómetros a la redonda. Por eso, este añadido, que un día se montó como para limpiar la faz del monstruo, es mucho más parecido a un andamiaje pueblerino, que no se decidieron a quitar porque hacia bien o porque el maestro albañil lo abandonó en calidad de fianza, hasta que los agentes atmosféricos y el picoteo de las aves lo vayan desprendiendo, sin que haya la menor posibilidad, de que un cismático sea arrastrado con su caída. Y aquel día, sin el antifaz, se podrá inaugurar su enorme y nueva sosera.

(Fotos de *Country Life*.)

